

7. RESUMEN

—La segunda, estudia la significación de esa relación de acuerdo, con tal hipótesis de trabajo.

Entre los resultados más importantes obtenidos cabe citar la elección de la dimensión verbal de la comunicación educativa por encima de las dimensiones ambiental y física, respectivamente.

La influencia del nivel de estudios se hace patente en la elección y valoración de las anteriores dimensiones como el factor más importante a considerar.

Por último señalar la independencia de la valoración de las dimensiones respecto al sexo del alumnado y a su ubicación geográfica.

8. CONCLUSIONES

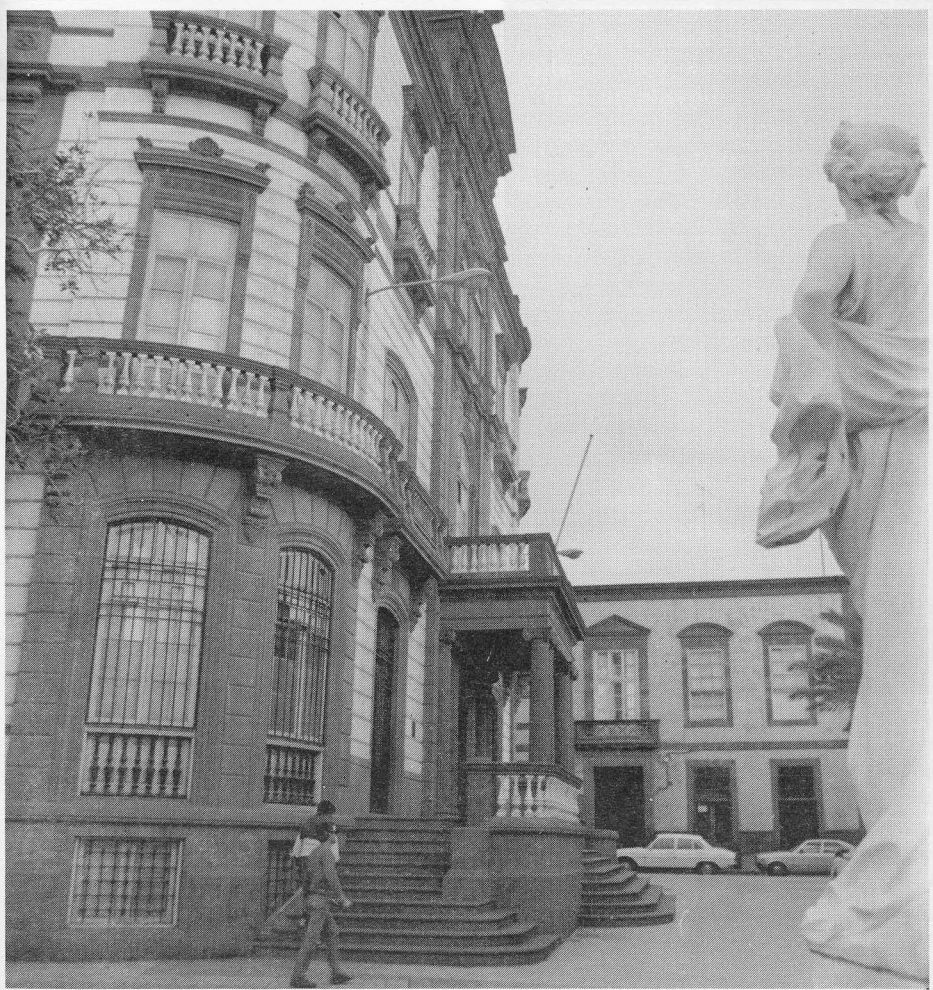
—Se aprecia la necesidad de formar a los futuros maestros de E.G.B. (teórica y prácticamente en las técnicas de la comunicación verbal, máxime siendo ellos la fuente de conocimiento y perfeccionamiento del lenguaje y de su utilización como medio de expresión oral y escrita.

—Presentar al futuro maestro los medios y técnicas de la comunicación educativa en su dimensión física y ambiental, sus límites y posibilidades en orden a mejorar la eficacia de la enseñanza aprendizaje.

—Toma de conciencia por parte de los responsables de la enseñanza de la necesidad de obtener más beneficios de los estudios realizados sobre la dimensión espacial.

Hasta 1936 los canarios, tanto en nuestra capital, como en todos los pueblos del interior de la isla, eran muy aficionados a reunirse a determinadas horas del día; pero, sobre todo, del atardecer y noche, para pasar un rato amigablemente charlando, comentando los azares de la vida política, local y nacional, según el alcance de conocimientos de la materia de los tertuliantes y, en definitiva, pasando revista a los aconteceres de cada día o más palpitantes del momento. Los lugares donde tenían lugar eran verdaderamente infinitos, pues desde un simple banco de una plaza pública hasta el recinto donde un zapatero remendón, un latonero, un carpintero, etc., tenían sus centros de trabajo hasta la terraza o determinadas habitaciones de sociedades de recreo, todos eran adecuados y buenos para reunir unos cuantos concurrentes que, puntualmente, acudían a una determinada hora del día, de la tarde o de la noche, a pasar un rato charlando sobre el eje central de las aficiones de sus componentes, que eran infinitas. En unas se charlaba sosegadamente; pero en otras, la pasión era la nota imperante y, por tanto, los tonos de voz de sus participantes, para darle salida, igualmente, diferentes, sobre todo, si se trataba de discusiones sobre gallos, lucha canaria, peleas de carneros, carreras de caballos o de botes, en cuyas materias, a veces, sus integrantes parecían que iban a hacer que la sangre llegara al río, en especial si se trataba de tertulias que se formaban para echar partidas de *dominó*, en las que cuatro contendientes se sentaban en una mesa, dándose frente en parejas de a dos y comenzaban sus disputas apasionadísimas, rodeados de *mirones* que situados a sus espaldas observaban las alternativas de la disputa y que al final de la misma prorrumpan en apasionadas exclamaciones en unas de las cuales se proclamaba la calidad de una de las parejas contendientes y las torpezas, a veces, inexplicables, de la pareja que había salido derrotada de la apasionada partida concertada entre sus integrantes, todos los cuales eran considerados como maestros en el arte de jugar al *dominó* y en cuyas disputas, a veces, si se trataba de noche del sábado, no era extraño que les sorprendieran los dorados rayos de Febo enfrascados, contendientes y *mirones*, en las alternativas finales de la competición empeñada.

En la farmacia de *Vernetta*, situada en el entrante que forma la calle Muro, de Naciente a Poniente, para formar un ángulo casi recto con la calle de Fuentes, al atardecer, durante los días de la prolongada primavera de nuestra isla, se formaba una nutrida tertulia que sacaba sillas del interior de



SINGULARES TERTULIAS CANARIAS

la farmacia y junto a la fachada del edificio que corresponde a la calle Muro, las situaba una al lado de la otra, para ocuparlas sus concurrentes y consumir las horas del atardecer y primeras de la noche, hasta la de irse a cenar a sus casas. Estos contertulios, en invierno, celebraban entonces su tertulia en la rebotica; pero eran personas muy circunspectas que iban a pasar un rato charlando, comentando la actualidad de cada día, haciendo sus comentarios; pero siempre en tonos y con modales muy serenos y sin promover discusiones violentas ni siquiera alzar la voz, fuera de los tonos corrientes, pese a que casi todos tenían sus muy significativas filiaciones políticas.

En la llamada entonces *Plazuela de los Patos*, antes de la *Democracia*, y hoy de *Hurtado de Mendoza*, en los bajos del edificio donde hoy se encuentra el Banco Hispano Americano, en su frontis Sur, existía la famosa sastrería de don *Manuel Milán*, que servía de sede a una gran tertulia, que en las horas del atardecer, sacaba sillas del interior de la sastrería y alineándolas a lo largo de su antes indicado frontis sureño, eran ocupadas por sus numerosos integrantes, que mataban unas cuantas

horas hasta la de irse a cenar. En invierno celebraban la tertulia en el interior de la sastrería, lo mismo que después de cenar, en cuyas horas ya era factible ver al dueño de la sastrería don *Manuel Milán* hacer acto de presencia en ella con su gorra cubriéndole la cabeza, su bata de lana a cuadros, calzado con chinelas de franela, la cinta métrica por sobre los hombros y un buen puro habano en la boca al que no cesaba de dar fuego cuando se le apagaba, sacudiendo con la cerilla, antes de encenderla, la blanquísima ceniza del habano legítimo de "*Vuelta Abajo*".

No era extraño, sino corriente, observar a muchos de los contertulios de la farmacia de *Vernetta* concurrir, después de cenar, a la tertulia de don *Manuel Milán*, que no se disolvía y empezaba a languidecer antes de las 11 de la noche.

Esta tertulia en la *Plazuela de los Patos*, que era entonces el nervio neurálgico de la ciudad, en la que en torno a los veladores de piso de blanquísimo mármol de Carrara, siempre había unas cuantas personas que mientras esperaban que las caperuzas de metal niquelado colocadas en la parte superior de un vaso, a la vista del consumidor, destilaran la carga de

auténtico café de Cuba, Caracas, Santo Domingo, Brasil, etc., que se les había puesto dentro con su correspondiente cantidad de agua hirviendo, hablaban y charlaban de todo, comentaban las últimas novedades producidas en la vida de la ciudad o las que de carácter nacional o internacional daban a conocer los periodistas que trabajaban en los diarios *La Provincia*, *El Tribuno*, *La Crónica*, *El Noticiero*, que a unos cientos de metros de distancia, tenían sus redacciones y talleres, en los que, a diversas horas del día, de la noche y de la madrugada, estaban preparando sus ediciones, según salieran por la mañana o al atardecer, y cuyos periodistas tenían sus peñas fijas en los diversos veladores del Kiosco de "*La Primavera*", a las que acudían a tomarse un café con leche, sólo o con un bocadillo, para reponer fuerzas y seguir trabajando en las redacciones de sus respectivos diarios de la mañana o anochecer; por tales circunstancias era, repito, muy concurrida después de cenar por el gusto que tenían muchos de sus componentes de retirarse a descansar a sus domicilios con las últimas novedades que se hubieran producido, durante el día, en el ambiente local, nacional e incluso internacional, que ampliarían luego a la mañana siguiente leyendo en el diario de sus preferencias, la atrayente sección fija *Última hora*.

Por tal concurrencia de contertulios, un adversario político de la mayoría de los concurrentes a ella, la motejó de *El Milanésado* y de esa forma era conocida entre discretas o agudas sonrisas de sus adversarios políticos.

En la *Plaza de Santo Domingo*, en su ambiente recoleto y tranquilo, sólo perturbado, si acaso, por algunos toques de las campanas de su iglesia, y en los atardeceres por los masivos gorjeos de todos los pajarillos que se acogían a las ramas de los árboles de la Plaza, para pasar la noche, en las horas del atardecer, en los bajos de una habitación de la vivienda de don *Prudencio Morales y Martínez de Escobar*, se formaba en el atardecer y primeras horas de la noche en verano, una gran tertulia de señores muy severos, a la que concurrían algunos sacerdotes y dignidades de la *Santa Basílica Catedral*, con sus manteos recogidos a un lado o echados sobre el hombro, mientras en sus mecedoras colocadas en la parte Naciente de la vivienda de don Prudencio, en la calle, porque entonces por aquel trozo la circulación mecanizada no existía, liaban sus cigarrillos de picadura de la Habana, para consumirlos mientras pacíficamente charlaban con los demás contertulios, que integraban funcionarios y militares, a punto de jubilarse o ya jubilados y en aquel rincón de serenidad y sosiego, consumían unas horas del atardecer hasta la hora de irse a ce-

nar, charlando con toda tranquilidad y riendo con mesura algunas fases de sus conversaciones cuando las salpicaba alguno de los concurrentes con un comentario agudo, que los había y muy buenos que luego se extendían por la ciudad, no pocas veces adobados con más granos de mostaza que los que su legítimo autor había utilizado al hacerlo entre sus contertulios.

Pero de todas estas tertulias y otras muchas que no es posible citar, por imperativos de espacio, quiero relatar solamente tres que llamaron poderosamente mi atención, o sea: la que celebraba don *Tomás Miller* en su casa en la calle Triana, que hoy lleva el número 40 donde tenía su comercio y oficinas de sus diversas actividades comerciales y en la parte alta, su vivienda, al terminar la jornada de la tarde, en la que entonces se colocaba con todos sus principales empleados y amigos a la entrada de su vivienda y todos de pie permanecían, viendo pasar la gente y charlando, con don *Tomás Miller* en el centro y sus contertulios a diestra y siniestra, hasta que pasado un rato, don *Tomás Miller*, se despedía de sus amigos y subía hacia su vivienda.

Para mí siempre fue un enigma el porqué de esta singular tertulia en torno de una persona como don *Tomás Miller* que poseía en Triana un amplio inmueble con fachada incluso a la calle de *La Marina* (hoy Francisco Gourié), en el que tanto en lo alto como en lo bajo, le sobraban dependencias para acogerse y pasar un rato con sus contertulios y no todos de pie en la entrada principal, charlando sosegadamente, pero más que nada viendo pasar la gente por las aceras de la calle, que a aquellas horas del atardecer, comenzaba a animarse de manera muy notable, tanto con el elemento joven, como con el de los adultos e incluso por el de señoras que iban a Triana a esas horas a ver escaparates, para luego comentar sus novedades expuestas, sobre todo, de tejidos y las de las joyerías.

La misma curiosidad despertó en mí otra tertulia que a esas primeras horas del atardecer se formaba en la fachada de las oficinas y vivienda de don *Juan Bordes Claverie*, con algunos de sus principales empleados y varios amigos, a lo largo de su citada vivienda, que se encontraba y sigue encontrándose en Triana, al final, a mano derecha, de Sur a Norte, antes de llegar a la histórica iglesia de San Telmo, en la que todos sus integrantes estaban de pie, a un lado y otro de don *Juan Bordes*, dando las espaldas al frontis de la vivienda y mirando a las aceras y centro de la calle. Igualmente don *Juan Bordes*, tanto en las oficinas de la conginación de la "Cía. Pinillos" de la que era su representante en Las Palmas, como en su vivienda en la parte alta, estaba

sobrado de espacio para reunirse en aquellos ratos que lo hacía a pie en la acera derecha de Triana, con sus altos empleados y amigos durante un rato.

Pero, sin embargo, la última de esta clase de tertulias que llamó poderosamente mi atención fue una que se formaba, al anochecer, pero no por un tiempo prudencial, sino durante horas, en la calle Muro esquina a la hoy *Plaza de Hurtado Mendoza*, donde en la actualidad existe una actividad de asadero de pollos, por una media docena de enlutados músicos que permanecían de pie, no charlando animadamente, sino muy quedo y de vez en cuando, mientras consumían cigarrillos, en torno a temas de música o *bel canto*.

En invierno se acogían a los voladizos del *Kiosco de Quevedo*, y en su parte poniente, salvaguardados de la lluvia, más o menos intensa, que pudiera producirse, continuaban aquellos enlutados contertulios hablando sobre sus temas musicales hasta la hora de irse a cenar y después de haber consumido varias horas en tales aquelarres amicales, severos y comedidos en sus externas manifestaciones. Incluso la noche en que en el "Zuleika", su capitán se empeñó en meterlo en las inmediaciones de la Plaza de Mercado, para tomarse un reconfortante café en cualquiera de sus establecimientos inmediatos con unos cuantos churros acabados de salir de la sartén, confeccionados con materias primas auténticas y a mano, y no en serie como ocurre ahora, pude observar a los integrantes de aquella singular tertulia, indagar los motivos por los que tantos curiosos corrían hacia las inmediaciones del Mercado; pero no abandonaron su singular tertulia de todos los anocheceres en sus lugares de reunión en la *Plazuela de Los Patos*, según fuera las estaciones del año natural.

Entonces la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria y sus barrios próximos tenían un hueco adecuado y, sobre todo, respetado, para estas diversas formas de convivencia de sus habitantes, porque entonces la ciudad era una muestra de encantadora forma de convivir, sencilla, humana, inolvidable, donde cuando una persona daba un codazo o un empujón a otra, sin querer, siempre se volvía y decía: "Usted perdóne" y cuando el conductor de un auto iba por una carretera y advertía a otro averiado al que su conductor trataba de poner en marcha, paraba el suyo a su costado, y le preguntaba al que se encontraba problematizado: "¿Desea algo?... y no pocas veces esta pregunta le costaba unas horas de estar metiendo el hombro al lado del compañero que se había quedado a un lado de la carretera por avería de su vehículo o darle un remolque hasta la ciudad.

JULIO JURENITO

EL HOMBRE

"Muchas cosas hay misteriosas, pero ninguna tan misteriosa como el hombre"
(Sófocles)

Como ser complejo que es el hombre, éste necesita de la presencia de lo misterioso en sus diversas formas e incluso cuando no las encuentra las inventa.

Su afán de supervivencia en la tierra hace que luche constantemente hasta lo más desmesurado, como bien nos lo representa el mito griego de Sísifo condenado a subir eternamente una enorme piedra a una cima, desde la que siempre cae, debiendo de nuevo iniciar la ascensión.

Pero el hombre con ese afán de subsistir y luchar en medio de una gran naturaleza al mismo tiempo también se vale de ella, bien para alimentarse, como para curarse de sus males e incluso hasta para vestirse.

Con respecto a la curación, desde hace miles de años el ser humano utiliza las propiedades curativas de las plantas, donde brujos, magos y curanderos juegan un importante papel. Pero ese deseo de mejorar la salud quebrantada es tan antiguo como su propia existencia y esto ha hecho que las propiedades curativas de muchas plantas hayan sido conocidas desde tiempos muy remotos.

Ya desde la Grecia antigua, Roma, Persia, etc., atribuyeron a las plantas un culto tal que las elevaron a la categoría de auténticas divinidades; como dato curioso podemos apuntar que en el año 1.500 a.C., el faraón egipcio Tutmosis III envió una expedición a Siria en busca de nuevas plantas medicinales. En la actualidad, en los muros del templo de Tutmosis, en Karnak, aún aparecen esculpidas algunas plantas traídas de aquellas lejanas tierras. Entre las más apreciadas en tiempos antaños podríamos citar un sinfín de ellas, pero como particularmente curiosas mencionaremos algunas: a) La col, rica en azufre, ofrece sus propiedades curativas contra las afecciones de la piel. El gran estadista romano Catón el Viejo (234-149 a.J.C.) la empleaba para las erupciones, las heridas e incluso hasta para la artritis. Se cuenta de este personaje que cultivó por sí mismo su propiedad de Tusculum, y en la obra *Tratado sobre la agricultura* recogió alrededor